



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ

26th Sunday in Ordinary Time– Year A

How do you know how you have responded to the call of the Father to work in His vineyard? You are reading this reflection right now, which means you have been to church. Does this mean that you have answered “yes” to God? Let us have a look.

The second son Jesus was referring to in the Gospel reading **was** his Jewish listeners, particularly the Jewish leaders. The people of Israel had been called by God to be His people beginning with the call of Abraham. The history of the people of Israel had always been one of faithfulness and unfaithfulness, with the Lord continually reaching out to help them amend their ways and return to Him. The Lord had promised them salvation through His Son, and they had faithfully awaited this throughout their history. However, despite the clear signs of it coming true before their eyes, they refused to see. They had said “yes” to God through Abraham, but were now saying “no” by refusing to believe in Jesus.

This brings us to the tax collectors and prostitutes, who clearly represent the first son in the parable. Tax collectors today are treated as ordinary people, but during the time of Jesus, they were detested by the public just as much as prostitutes were. The people loathed prostitutes because they stepped outside their expected roles in the Jewish social order by trading sexual favors for money. For their part, tax collectors were treated with disgust because they allowed themselves to be employed by the Roman Empire—the pagan foreign power that had subjugated them. Not only did Rome strip the Jewish people of their **sovereignty**, but it also imposed its pagan religion and culture upon them, which was viewed as an abomination. Collecting taxes from their own people on behalf of Rome was not only treasonous, but also seen as an act equivalent to apostasy. In the Jewish society of that time, tax collectors and prostitutes were considered the worst of the worst. What made them different, however, was that they repented when they heard the preaching of John the Baptist in the desert.

At that time, the people had both John the Baptist and Jesus Himself proclaiming that the Kingdom of God was at hand. The Gospel reading helps us understand that these sinners—the tax collectors and prostitutes who had previously said “no” to God by living scandalous lives—were now saying “yes” by repenting and conforming their lives to the teachings of Jesus. They were the first son. Conversely, the second son—represented by the Jewish authorities—had initially said “yes,” but was now rejecting Jesus and His message.

We do not experience Jesus' physical presence today in the way His contemporaries did, but He is present through the Church and through the Word of God. In his Letter to the Philippians, Paul tells us that Jesus did not cling to His divine status, but rather “emptied himself, taking the form of a slave, coming in human likeness... becoming obedient to the point of death, even death on a cross.” If we are to respond “yes” to the call of the Father to work in His vineyard in the world today, this is our benchmark for how to say “yes” to Him. Saying “yes” to God cannot be merely verbal consent, nor can it be just an “internal yes” confined to our prayers. Saying “yes” means our lives must be patterned after the life of Jesus. Paul encourages us to have the same mindset as Jesus: “with the same love, united in heart, thinking one thing. Do nothing out of selfishness or out of vainglory; rather, humbly regard others as more important than yourselves, each looking out not for his own interests, but also for those of others.” This is what it means to say “yes” to God today.

By examining your life and how you treat others, you will know whether you have truly said “yes” to God’s call to work in His vineyard. Saying “yes” is not just an internal sentiment; it must bear fruit in a life that reflects Jesus Christ, who emptied Himself and became obedient to the point of accepting death on a cross.



Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ

XXVI Domingo Ordinario– Ciclo A

¿Cómo sabes cómo has respondido al llamado del Padre para trabajar en Su viña? Estás leyendo esta reflexión en este momento, lo que significa que has asistido a la iglesia. ¿Significa esto que le has respondido “sí” a Dios? Veamos.

El segundo hijo al que Jesús se refería en la lectura del Evangelio **eran** sus oyentes judíos, en particular los líderes judíos. El pueblo de Israel había sido llamado por Dios para ser su pueblo, comenzando con el llamado a Abraham. La historia del pueblo de Israel siempre había sido una historia de fidelidad e infidelidad, con el Señor tendiéndoles continuamente la mano para ayudarlos a enmendar sus caminos y regresar a Él. El Señor les había prometido la salvación a través de su Hijo, y ellos la habían esperado fielmente a lo largo de su historia. Sin embargo, a pesar de las claras señales de que se estaba cumpliendo ante sus ojos, se negaban a ver. Habían dicho “sí” a Dios a través de Abraham, pero ahora estaban diciendo “no” al negarse a creer en Jesús.

Esto nos lleva a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas, quienes representan claramente al primer hijo de la parábola. Hoy en día, a los recaudadores de impuestos se les trata como a personas comunes, pero en la época de Jesús eran tan detestados por el público como lo eran las prostitutas. La gente sentía repugnancia por las prostitutas porque se salían del papel que se esperaba de ellas en el orden social judío al ofrecer favores sexuales a cambio de dinero. Por su parte, a los recaudadores de impuestos se les trataba con repugnancia porque se dejaban emplear por el Imperio Romano —la potencia extranjera pagana que los había subyugado—. Roma no solo despojó al pueblo judío de su **soberanía**, sino que también les impuso su religión y cultura paganas, lo cual se consideraba una abominación. Recaudar impuestos de su propio pueblo en nombre de Roma no solo era traición, sino que también se veía como un acto equivalente a la apostasía. En la sociedad judía de aquella época, los recaudadores de impuestos y las prostitutas eran considerados lo peor de lo peor. Lo que los distinguía, sin embargo, era que se arrepintieron al escuchar la predicación de Juan el Bautista en el desierto.

En aquel momento, el pueblo tenía tanto a Juan el Bautista como al mismo Jesús proclamando que el Reino de Dios estaba cerca. La lectura del Evangelio nos ayuda a comprender que estos pecadores —los recaudadores de impuestos y las prostitutas que anteriormente le habían dicho “no” a Dios al llevar vidas escandalosas— ahora le decían “sí” al arrepentirse y ajustar sus vidas a las enseñanzas de Jesús. Ellos eran el primer hijo. Por el contrario, el segundo hijo —representado por las autoridades judías— inicialmente había dicho “sí”, pero ahora rechazaba a Jesús y su mensaje.

Hoy en día no experimentamos la presencia física de Jesús como lo hicieron sus contemporáneos, pero Él está presente a través de la Iglesia y de la Palabra de Dios. En su Carta a los Filipenses, Pablo nos dice que Jesús no se aferró a su condición divina, sino que “se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres... e humilló a sí mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz”. Si queremos responder “sí” al llamado del Padre para trabajar en su viña en el mundo de hoy, este es nuestro punto de referencia para saber cómo decirle “sí” a Él. Decir “sí” a Dios no puede ser un mero consentimiento verbal, ni puede ser solo un “sí interno” limitado a nuestras oraciones. Decir “sí” significa que nuestras vidas deben seguir el modelo de la vida de Jesús. Pablo nos anima a tener la misma mentalidad que Jesús: con “un mismo amor, unas mismas aspiraciones y una sola alma. Nada hagan por espíritu de rivalidad ni presunción; antes bien, por humildad, cada uno considere a los demás como superiores a sí mismo y no busque su propio interés, sino el del prójimo”. Esto es lo que significa decir “sí” a Dios hoy.

Al examinar tu vida y cómo tratas a los demás, sabrás si realmente has dicho “sí” al llamado de Dios para trabajar en su viña. Decir “sí” no es solo un sentimiento interno; debe dar fruto en una vida que refleje a Jesucristo, quien se despojó de sí mismo y se hizo obediente hasta el punto de aceptar la muerte en una cruz.